

Mario Flores Macal

Historia oral:

“El 48” (II)

Veamos ahora los aspectos metodológicos de la obra del distinguido historiador nacional Miguel Acuña. Este sigue lo que modernamente se llama “historia oral”, que consiste en rescatar girones de la historia inmediata a base de la técnica de la entrevista, reconstruyendo lo más fielmente posible rasgos y perfiles del fenómeno investigado, naturalmente dentro de un contexto determinado. La gravadora y la declaración escrita son lo usual. “Miguel Mármol” del malogrado escritor salvadoreño Roque Dalton (EDUCA, 1972) es un claro ejemplo de este tipo de método. Pablo González Casanova, en México, ha logrado, con sus alumnos de la UNAM, reconstruir con este método pasajes que habían permanecido en cuasi-oscuridad de la revolución mexicana, sobre todo en lo que respecta a la insurgencia de Emiliano Zapata.

El autor, además de seguir la historia oral, utiliza fuentes complementarias, la documental, conexas, aunque en forma insuficiente y a veces fragmentaria, sin duda por el desdén que le merece. Efectivamente, hay ausencia de bibliografía (no obstante que en la investigación cita varias obras), las notas de pie de página, cuando aparecen, son incompletas y cuando se utilizan los archivos privados no se dice su fuente... lo que hace al lector quedarse en babilonia. En una segunda edición, sería aconsejable indicar su procedencia. La utilización de periódicos es fragmentaria y nos parece no exacta la apreciación de que... “la Biblioteca Nacional, que por definición debe ser la depositaria de todo lo que se escribe en el país sólo posee panfletos parcializados hasta un grado repugnante...” (pg 17), pues ni como excusa resulta valdada ya que los que hemos

investigado en su Hemeroteca y otras secciones hemos podido comprobar, no sólo en cuanto al siglo XIX sino en cuanto al presente, su excelente dotación.

Por otra parte, es preciso no perder de vista que, si se trabaja dentro de esta temática decimonónica, hay que comprobar nuestras afirmaciones. Así, hechos que aunque sean todavía notorios, como el del origen del conflicto interpersonal del Dr. Calderón Guardia y del Lic. León Cortés o el proceso contra éste último y su absolución y posterior y apoteósica celebración (pg 44), bien merecía aportar la fuente, si no periodística, la documental que se tuviese a mano, pues de no hacerlo así, todo nos quedará como una simple y sabrosa anécdota de café.

Desde luego, esto no demerita el esfuerzo de esta magnífica obra. Pero hay datos que por su importancia deben avalarse, como ese de que “200 alemanes han sido enviados a los campos de concentración de EE.UU.” (pg 56). Cuál es la fuente de esa deportación masiva? El sólo testimonio personal, por muy solvente que sea, es insuficiente para sostener una conclusión categórica. En resumen, nos parece que el método escogido es valdadero, pero no debiera subestimarse las otras fuentes, sobre todo si en la jerarquía de las probanzas históricas, tienen calidad prioritaria... es muy comprensible, desde luego, trabajar en un proceloso mar como el investigado con fuentes distintas a las escogidas, a lo mejor inexistentes, y así es aceptable la confesión que desde un principio nos hace el autor (pg 17) cuando afirma... “la única salida que me quedaba era recurrir a los testigos oculares...”, pero con todo y ello no estaría de más sugerir la adopción de nuevos puntales, si es que se encuentran, para que el edificio no se desplome en una segunda o tercera edición. Saludamos, en fin, con felicitaciones efusivas, este aporte magnífico a la historiografía centroamericana.